

TEXTO Y PRETEXTO PARA RAMON CELA

Si Villafranca del Bierzo es una aventura circular y armónica, que así la sueña en la distancia el más mísero de sus hijos pródigos, el punto redondo y cenital habría que pensarlo en el mismo corazón de la Plaza Mayor, llámese Plaza de la Constitución o Plaza del Generalísimo. Y de la humanidad que alienta en esta ágora rectangular de la convivencia y del disentiendo, de las fiestas engalanadas y de los días de diario, el cronista quisiera despegar la figura de Ramón Cela, ahora que se anuncian algunas de sus públicas comparecencias. Serán, por supuesto, al frente y con la ocasión de sus fotografías. Un arte que en nuestro ámbito ha alcanzado cotas históricas, bien se puede decir, a condición de que se declare en seguida el magisterio de Norberto Beberide, ese gran creador, también de la Plaza...

Se escriben estas líneas sin el previo conocimiento del material antológico que vaya a aportarnos Moncho. Y sin embargo, uno puede apostar sin riesgo por el medular bercianismo de cuanto lleve la firma del artista. Él ha recreado nuestros paisajes, en ocasiones hoscos y montaraces, aunque muchas más veces con el toque edénico de la flor y de los juegos del agua. Por su pulso afinado se han erigido colegiadas y monumentos más verdaderos que cuando las piedras pueden ser tocadas por nuestras manos... Pero más que nada- y acaso lo comprobemos con énfasis en estas próximas muestras-, Ramón ha querido comprometerse hasta los hondones del alma en favor de los hombres y de las mujeres, de los personajes que pueblan esta tierra tan suya, tan nuestra.

Es el campo ceñido y arriesgado del retrato, exigente de constantes renovaciones técnicas, y más aún, de sentimiento próximo y fraterno del artista hacia su modelo. La sobriedad enteriza del blanco y negro, las galas peligrosas del color. Los grandes formatos, que no son meras ampliaciones sino "tamaños" sabiamente pensados para la magnitud que conviene al tema. Pielles, rostros, arrugas, esplendores de la juventud... Todo lo que nos hace humanos.

Y por encima de todo, los ojos y su mirada. "La antorcha de tu cuerpo es tu ojo", dijo Jesús y lo cuentan Lucas y Mateo, en una frase menos transitada que tantas otras del Evangelio. En una sentencia nada ajena al fervor de un inspirado que sabe dónde habita la luz, y también el secreto para rescatarla y dejarla fijada sobre una cartulina con vocación de eternidad.

Antonio PEREIRA